

La tormenta perfecta que enfrenta el sistema capitalista y el modelo económico neoliberal

Pablo J. Patiño

La pandemia producida por el SARS-Cov2 ha puesto en evidencia, en cuestión de cuatro meses, la fragilidad de las condiciones que determinan la estabilidad de la especie humana y sus relaciones con el planeta. Esta crisis se ha convertido en un factor adicional para desencadenar una tormenta perfecta sobre el sistema capitalista como consecuencia de la convergencia de otras crisis que este ha venido incubando o que no ha podido resolver desde que consolidó su hegemonía al caer el comunismo soviético y producirse la mutación del comunismo chino. Aunque pueden existir visiones diferentes a este respecto, se podrían considerar las siguientes como las situaciones que determinan la mencionada tormenta:

4

Crisis de valores. El capitalismo salvaje ha puesto en entredicho muchos de los valores que han permitido la construcción de una sociedad basada en la razón y los principios de libertad, equidad y fraternidad.

- Menoscabo de la racionalidad y del pensamiento crítico. El pensamiento crítico, el debate argumentado y la racionalidad científica han perdido popularidad entre muchos gobernantes y líderes en todo el mundo. Se asumen posiciones dogmáticas basadas en posturas personalistas, populistas e intereses económicos. Esto ha conducido a la priorización del conocimiento aplicado y técnico que genera rentabilidad en el corto plazo, en contra de la reflexión argumentativa y la producción de conocimiento científico que tenga una posibilidad de transformar positivamente las sociedades a lo largo y ancho del planeta.
- Pérdida de la solidaridad entre naciones, pero también entre las personas o colectivos sociales. Esto tiene un efecto negativo considerable porque existe una mayor interdependencia global y local. Por ejemplo, la falta de una cooperación internacional e interestatal que se ha evidenciado en Estados Unidos destruye la confianza en los líderes.
- Límite a la libertad individual y colectiva. La consolidación del totalitarismo como una opción válida de gobierno ha conducido al abuso de la autoridad y al control social exagerado.
- Falta de transparencia en la información y las decisiones. Es generalizada la pérdida de credibilidad y confianza en los gobiernos y gobernantes, pues las decisiones que afectan a la mayor parte de la población se toman sin que exista información clara, y



Foto fija Chris Marker, *La Jetée*, cortometraje, 1962

se considera que, muchas veces, dan respuesta a grupos de presión con gran poder económico o político.

Crisis económica. Apenas las economías se estaban recuperando de la crisis económica producida por el sistema financiero en el 2008, la COVID-19 da origen a una crisis mucho más compleja y dramática. A diferencia de la anterior, esta crisis macroeconómica afecta tanto los sistemas de producción como todos los componentes de la demanda (consumo, inversión de capital y exportaciones); además, se ha producido en cuestión de semanas, mientras la del 2008 se extendió entre 2 y 3 años. Por tanto, se considera que será la mayor depresión económica que el mundo jamás haya vivido. Pero, además, se ha llamado la atención sobre la elevada probabilidad de que la pandemia tenga un efecto mucho más nocivo en los países de economías emergentes y en desarrollo, en los cuales hay mayor nivel de pobreza, hacinamiento, una enorme precariedad laboral y sistemas de salud con grandes limitaciones.

Crisis humanitaria. Esta se refleja en una amplia variedad de situaciones que afectan, en mayor o menor medida, a buena parte de la población mundial, entre las cuales se pueden mencionar:

- Precariedad laboral que impide que los trabajadores formales e informales tengan los ingresos suficientes para satisfacer necesidades básicas como adecuada alimentación, acceso apropiado a la salud, vivienda digna y espacios para recreación y descanso.
- Migraciones y refugiados como consecuencia de las guerras y del hambre. Aunque quizás aún no sea un fenómeno global, sí pone en duda la capacidad de los gobiernos y de las organizaciones multilaterales para lidiar con algo que hace tambalear la dignidad de la especie humana.

- Inequidad. Existen suficientes datos y evidencias de cómo, en particular desde la segunda mitad del siglo pasado, se ha producido una acumulación de la riqueza por una porción muy pequeña de la población mundial. Muchos avalan esta situación, francamente inmoral, a partir del hecho de que ha habido una disminución de la pobreza global; sin embargo, esta inequidad se ha logrado a costa de una mayor precariedad de una buena parte de la población mundial.

Crisis ecológica y ambiental. La actividad humana, el crecimiento demográfico y el consumo desmesurado de una oferta cada vez mayor de bienes, ha producido modificaciones en la temperatura del planeta, con el consecuente cambio en los regímenes climáticos, la desaparición de muchas especies animales y vegetales, los grandes incendios en regiones selváticas o incluso en bosques cercanos a poblados y la disminución de las fuentes de agua potable. Además, se ha acumulado un nivel sin precedentes de residuos no degradables resultado de un sistema productivo y de una demanda sin conciencia ambiental. Esta es, posiblemente la crisis más relevante y que puede constituir el mayor riesgo para la especie humana.

Crisis de los sistemas de salud. Esta aparece como consecuencia de la forma como el modelo económico de mercado prioriza la rentabilidad sobre el ser humano, lo cual ha conducido, por un lado, a la privatización de los sistemas de salud, y por otro, a que sean el individuo o la familia quienes resuelvan el acceso a la atención en salud. Adicionalmente, la imposición del modelo medicalizado promovido por las multinacionales farmacéuticas y de tecnología médica ha dejado de lado la atención de las enfermedades infecciosas que afectan a gran parte de la población mundial de pocos ingresos (malaria, esquistosomiasis, dengue, tuberculosis, etc.) para focalizar los

esfuerzos de investigación e innovación en el diagnóstico y tratamiento de enfermedades crónicas no transmisibles, mucho más rentables en lo económico.

Crisis de la propiedad intelectual o del capitalismo cognitivo. La protección extrema del conocimiento con el fin obtener una rentabilidad económica se ha convertido en el corazón de un capitalismo sin restricciones. La evidencia más clara es su efecto sobre la salud, pues es en la investigación, innovación y comercialización de nuevos medicamentos y tecnologías donde se hace manifiesto el efecto negativo de una protección del conocimiento con fines de lucro y de rentabilidad exagerada a favor de los dueños o accionistas de compañías que negocian con la enfermedad humana.

La extensión acelerada de la COVID-19 por todo el mundo ha desencadenado un efecto dominó que tiene el riesgo de producir un colapso generalizado. Primero caen los mercados accionarios y el comercio global, sigue una crisis laboral sin precedentes, luego se produce el colapso de los sistemas de salud en los países o regiones más afectadas por la pandemia, y todo converge en una crisis económica que se puede traducir en mayor pobreza, en hambruna en muchas regiones del planeta y, con certeza, en un aumento de las migraciones. Finalmente, esto produce una incertidumbre de tal magnitud que el resultado es un miedo generalizado a que nos veamos afectados por la espiral de eventos que nos puede arrastrar como un enorme tornado.

El modelo económico neoliberal, derivado de un capitalismo salvaje, se ha encargado de debilitar las instituciones necesarias para responder a una coyuntura como la actual: sistemas de salud, organizaciones multilaterales, investigación científica fundamental, educación de calidad y formación profesional basada en los principios de la educación liberal. Los mercados asumen prioridades que nada



Foto fija Chris Marker, *La Jetée*, cortometraje, 1962

tienen que ver con los intereses de la mayor parte de la población mundial, de manera que, por sí solos, no pueden manejar las crisis actuales y, menos, prepararnos para las futuras.

Este escenario debería ser visto como una llamada a un cambio por una humanidad más compasiva y solidaria, un cambio que debe ser liderado por los gobernantes y organizaciones multilaterales, pero que debe recorrer todos los ámbitos de la sociedad e incluir la forma de actuación personal. La construcción de acuerdos colectivos fundamentados en intereses generales y superiores debería ser la ruta para superar, no solo la crisis inmediata, sino aquellas que se mantienen, e incluso las que aún desconocemos y que seguramente nos afectarán en el futuro. En tal sentido, la crisis de la COVID-19 debería ser una oportunidad para incitar una discusión global que permita establecer medidas que puedan resolver desafíos inmediatos como la crisis financiera o de los sistemas de salud, pero, al mismo tiempo, generar la capacidad para solucionar las situaciones de largo plazo, en particular el cambio climático o la enorme inequidad socioeconómica.

La anterior reflexión lleva a plantearnos el interrogante sobre lo que nos deparará el futuro.

Desafortunadamente, las alternativas no son muchas o, mejor dicho, se resolverán de forma binaria. Una primera disyuntiva sería que después de que se resuelvan los aspectos más apremiantes de la pandemia se reestablezca la situación previa, en la cual la normalidad se define por la presencia de varias de las crisis que se mencionaron al principio. Se podría hacer la analogía a la marcha de una persona ebria, que se desplaza de forma irregular e incluso con la sensación de caer, que de alguna manera se mantiene erguida, pero con un rumbo poco claro. La alternativa a esta “normalidad” sería un cambio radical que afecte a todas las naciones.

Sin embargo, este cambio, a su vez, puede tener dos grandes opciones. Una sería, desde una perspectiva optimista, y en la cual me inscribo, que se genere un movimiento desde las personas y comunidades que conduzca a que surjan nuevos líderes y gobernantes que obliguen a que las corporaciones y magnates económicos entiendan la necesidad de un sistema capitalista que esté sujeto a una regulación por parte del Estado y de la sociedad misma, que no se desborde en la búsqueda de la riqueza a cualquier precio, que ponga por encima el valor de todos y cada uno de los seres vivientes en este planeta y que se proponga recuperar el papel de la democracia deliberativa. Además, se necesita que los gobiernos actúen para evitar la diseminación del SARS-Cov2 y esto se logra si estos gobiernos garantizan la investigación científica que pueda resolver la pandemia. Joseph Stiglitz lo denomina capitalismo progresivo, el cual se podría originar a partir de una acción colectiva desde los gobiernos y los sistemas de protección social. La otra opción, bastante nefasta, es que se establezca una unión cada vez más sólida entre estados y grandes corporaciones para, con base en una consolidación del miedo colectivo, ejercer una vigilancia de todos los miembros de la sociedad, de lo cual nos alerta Yuval Harari. Como respuesta a la crisis de la COVID-19 varios países han to-



Foto fija Chris Marker, *La Jetée*, cortometraje, 1962

mado el camino del totalitarismo y del control social, incluso con gran éxito en el manejo de la infección, lo que podría validar esta opción.

Los adalides del modelo imperante lucharán como gato patas arriba para defender lo que consideran debe seguir siendo la forma de promover crecimiento económico, producir riqueza y transformación social a partir de la redistribución de los excedentes que genera el mercado. El riesgo puede ser que, con la pretensión de mantener el modelo de mercado dominado por la oferta y demanda sin control, se termine por sacrificar la democracia y el estado social de derecho. El llamado es a defender los valores que han permitido que hasta el día de hoy podamos tener sociedades que valoran la vida sobre cualquier otro interés, para lo cual se requiere una nueva sociedad, y por tanto deberíamos acoger el llamado que hace poco planteó Naomi Klein “No es un lugar al que podamos volver: es un lugar que tenemos que construir juntos y un lugar por el que tenemos que luchar”.

Pablo J. Patiño es profesor en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia.